

Editorial

El paciente impaciente

Vivimos en una sociedad deliberativa. El principio de autoridad, injustificable pero cómodo, ha sido sustituido por el debate continuo, el intercambio de opiniones, las comisiones donde se delibera hasta el infinito, se intercambian opiniones, sensatas unas, disparatadas otras, y todas han de ser atendidas puesto que sus defensores exigen que sean tenidas en cuenta. Incluso cuando parece que sólo hay discusión y enfrentamiento y la sensación resultante es que todo ha sido pésimamente gestionado, ha existido sin embargo un amplio debate y consenso, una extensa deliberación. Si malo era no deliberar, incluso peor puede ser deliberar en exceso y tener en cuenta todas las opiniones, incluso las peor fundadas. Todos preguntan, exigen, reivindican, postulan, y las administraciones, antes opacas y autoritarias, se han vuelto transparentes y atentas. Se delibera sobre todo, hasta el exceso, a veces incluso hasta la náusea. Se delibera en la escuela, para beneficio de los alumnos y agobio de los profesores, y se delibera en la salud, viéndose seriamente modificados los hábitos de los profesionales.

El médico antiguo, y también el farmacéutico, era un profesional paternalista y condescendiente, que se consideraba un experto y trataba al enfermo como a un menor de edad. Intentaba curarle y favorecerle, pero era una relación asimétrica, en la que todo el poder, y con él todas las decisiones, estaba en el lado del profesional, mientras que al paciente sólo le quedaba hacer honor a su nombre y esperar, con infinita paciencia, que las decisiones tomadas por los expertos fuesen acertadas. Si se producían errores, apenas había posibilidad de reclamación. Hoy todo eso forma parte del pasado. La relación entre el enfermo y los médicos y farmacéuticos es simétrica y el paciente se ha vuelto impaciente: opina, polemiza y decide, en suma, delibera. Ha perdido la paciencia, exhibe con desparpajo sus derechos, exige el libro de reclamaciones, se ha vuelto impaciente. Los pleitos proliferan, unos con motivo, otros en busca de beneficios, y médicos y hospitales sólo intervienen tras pararse en el consentimiento informado de los enfermos. Cada cultura médica tiene sus virtudes, defectos y excesos, y los farmacéuticos harán bien en abandonar los residuos que aún les queden de la actitud paternalista y condescendiente para adaptarse a la actividad deliberativa con sus clientes y usuarios, que lo son todo menos pacientes. ■

J. Esteva de Sagrera
Director

